MENON.

ARGUMENTO.

Platon, en este pequeño diálogo, vuelve á una de sus cuestiones favoritas: si la virtud puede ó no puede enseñarse. La respuesta sólo puede darla el que conozca la virtud en sí misma, porque nuestro espíritu se resiste á determinar con certidumbre ninguna de las propiedades de un sér, cuya naturaleza no le sea claramente conocida. Sócrates declara desde luego á Menon, que para él la naturaleza de la virtud es aún un misterio; y sobre este punto esencial reclama las luces de su interlocutor. Menon, cogido de sorpresa, se acoge á su vez á las lecciones de su maestro Gorgias de Leoncio, y sus respuestas no son, por lo pronto, otra cosa que las opiniones de este célebre sofista.

La primera es, que la virtud de un hombre, de una mujer, de un niño, de un anciano, consiste en el cumplimiento de ciertos deberes públicos y privados, que es fácil determinar. Aquí se descubre el error ordinario de los sofistas, ó sea la confusion del ejemplo con la definicion. Sócrates recuerda á Menon la distincion de lo particular y de lo general. Sin duda hay virtudes diversas segun la edad y la condicion de cada individuo; pero el punto en que todas estas virtudes coinciden, la esencia de la virtud, en una palabra, ¿cuál es? Esto es lo que hay necesidad de aclarar. ¿Será, por ejemplo, la posesion de ciertas

cualidades morales, siempre las mismas en los diversos individuos, como la sabiduría y la justicia? ¿Cuál es en este caso la definicion de la virtud?—Menon responde, que es la capacidad de mandar á los demás.—Esta definicion, más extensa que la primera, no es más aceptable. No puede aplicarse al esclavo ni al niño, que obedecen y no mandan; tiene falta de generalidad, y además de precision, porque no enseña cómo debe mandarse. Menon se ve obligado á añadir *justamente;* y llega á sostener, que la justicia es toda la virtud. ¿Por qué la justicia y no el valor, la liberalidad y la sabiduría? Todas estas son otras tantas partes de la virtud, sin que ninguna de ellas sea la virtud en sí; lo mismo que la redondez, propiedad de la figura, no es la figura misma. Por lo tanto, no puede definirse la virtud: la capacidad de mandar á los demás justamente.

Desengañado por dos veces de la poca solidez de las opiniones de Gorgias, Menon se abstiene de responder y de ir más adelante. Para volverle á la cuestion, Sócrates le indica un método de indagacion, que aplica á la vez á la definicion de la figura y á la del color, mezclando, con intencion, para lisonjear y burlar al mismo tiempo á su interlocutor, algunas de las ideas que se creia que Gorgias habia tomado de Empedocles. En seguida le invita á que se sirva él mismo de este método, para determinar la naturaleza de la virtud. Menon presenta como tercera conclusion: que la virtud consiste en poder procurarse el bien; definicion que sucumbe bajo el peso de las mismas objeciones que la precedente. ¿Es preciso procurarse el bien á toda costa, ó justamente? ¿A toda costa? No; el buen sentido lo rechaza. ¿Con justicia? Pero esto equivale á la proposicion refutada ántes de que la justicia es la virtud misma. Y así, hasta ahora, no sólo no ha sido definida la virtud, sino que, si nos fijamos bien, ni áun una parte de la virtud; la justicia, por ejemplo, no puede ser

bien conocida, porque no es posible conocer la parte de un todo, sin el conocimiento del todo.

Al parecer, la discusion no ha dado un paso, y Menon se ve más asaltado de dudas que nunca. Pero aquí brilla el arte de Sócrates, porque su interlocutor se halla precisamente en el punto á que queria reducirle. Marquemos este primer grado del método socrático, ó más bien, de todo método filosófico: la duda razonada. Esta ignorancia, que tiene conciencia de sí misma, debe ser la primera disposicion del espíritu en toda indagacion de la verdad. *Yo no sé*, no es, como Menon parece estar dispuesto á creerlo, la última palabra del filósofo, sino la primera. Menon dirige á Sócrates esta objecion especiosa, de que no ve que se pueda encontrar nada, cuando no se busca lo que se sabe, ni lo que no se sabe. Sócrates le hace entender que, para aprender, tiene el alma necesidad de dudar, de interrogarse, y de hacer un retroceso sobre sí misma, que la ponga insensiblemente en el camino de la verdad. Bajo una forma más científica que en el *Fedro*, le expone la doctrina de la reminiscencia, fundada en la inmortalidad del alma y en la metempsícosis. Estas tres teorías se ligan aquí hasta el punto de formar una, á saber: la del recuerdo. El alma, cuando duda y se interroga á sí misma, recuerda que ántes de estar unida á un cuerpo, ha vivido libre, porque es inmortal; y que su vida actual no es más que uno de de sus modos de ser. A medida que reflexiona más, se representa con más claridad la verdad, que ha conocido primitivamente. Por la reminiscencia, pues, se ve conducida á la verdad en esta vida terrestre. Sin insistir sobre este punto, observemos el miramiento de Sócrates, es decir, de Platon mismo, que dando aquí su parte á la poesía y á la filosofía, se somete mucho ménos al mito propio de la reminiscencia, que al hecho esencial de que hay en nuestra alma un fondo de ideas, que sólo saca de sí mis-

ma; ideas que el mundo sensible despierta en ella, pero que no se las da. En el fondo, esta es la doctrina de las ideas primeras, anteriores y superiores á la experiencia, que todos los filósofos espiritualistas, desde Sócrates hasta nuestros dias, están acordes en reconocer como el bien propio de la razon humana: *ipse intellectus*, como dice Leibnitz.

En apoyo de estas novedades, que llenan de asombro al discípulo de Gorgias, Sócrates emprende en el momento mismo una experiencia decisiva. Llama cerca de sí al esclavo de Menon, más ignorante seguramente que su amo; un jóven cuya inteligencia, entregada á sí misma, apenas se despierta; y le hace descubrir sin esfuerzo algunas verdades, limitándose á suplir con preguntas su falta de reflexion. Despues de haber trazado sobre la arena una figura de geometría, obliga al jóven esclavo, como ya habia hecho con Menon, á convenir en que creia saber una cosa que no sabia. Despues le hace resolver por sí mismo muchos puntos de geometría, ciencia que el jóven nunca habia aprendido, segun confesion de su amo. No ha hecho más que acordarse, es decir, en el sentido profundo de la palabra, y unir ideas nuevas á ideas primeras, que, por falta de reflexion, dormian en cierta manera en el fondo de su alma. La conclusion es que es preciso interrogarse á sí mismo sin tregua. La reflexion es, pues, el segundo paso en la indagacion de la verdad.

En este punto, si la conversacion hubiera de seguir su curso natural, deberia reproducir la cuestion, no resuelta, de la naturaleza de la virtud. Menon comete el error de descartar este problema difícil, pero inevitable, y de proponer caprichosamente una cuestion, que debe dar lugar á que se reproduzca precisamente aquella, á saber: si la virtud puede enseñarse. Sócrates propone buscar la solucion por el método de hipótesis, familiar á los geómetras; único que debe seguirse desde que se renuncia á determinar di-



rectamente la naturaleza de la virtud. Hé aquí la hipótesis: si la virtud es una ciencia, puede ser enseñada; si no, no puede serlo.—Digamos desde luègo que la virtud es un bien; lo que parece evidente. Si no existe bien fuera de la ciencia, siendo la virtud un bien, es por consiguiente una ciencia. Pero si hay algun bien independiente de la ciencia, puede suceder que la virtud sea este bien, y no sea una ciencia. Dijimos que la virtud es un bien con relacion á la sabiduría, única capaz de hacerla útil. En este caso, la sabiduría debe ser, ó la virtud toda entera, ó una parte de la virtud. Pero la sabiduría, ¿es un don de la naturaleza ó un fruto de la educacion? ¿es natural ó adquirida? Esta es la cuestion. La experiencia de todos los dias prueba que la sabiduría no es natural al hombre; ¡hay tantos insensatos! ¿Es un fruto de la educacion? Sí; si hay maestros que la enseñen y discípulos que la aprendan; pero Sócrates no los conoce.

En este estado llega Anito; se le pregunta si no hay maestros que enseñen la virtud, como los sofistas, por ejemplo. Anito se indigna. Los únicos maestros, á su juicio, son los hombres virtuosos. No hay maestros, nó; y la prueba es que los más virtuosos entre los griegos, un Temístocles, un Arístides, un Pericles, no recibieron la virtud de sus padres, ni tampoco la trasmitieron á sus hijos. La virtud no es una ciencia; no se enseña. En esto es semejante á la conjetura verdadera que aconseja á los hombres virtuosos tan bien ó mejor que la ciencia. La virtud, la conjetura verdadera, no son, ni una ni otra, un fruto de la educacion, ni un don de la naturaleza. Pues entónces, ¿qué son? Un don de Dios, segun Sócrates, como la inspiracion poética. Pero añade á esta conclusion lo que es más propio de un moralista que de un metafísico: «Nosotros no sabremos la verdad en esta materia sino cuando, ántes de examinar cómo se encuentra la virtud en el hombre, emprendamos indagar lo que

»ella es en sí misma.» Estas palabras, que cierran la conversacion, la restituyen á su punto de partida. La cuestion de la naturaleza de la virtud queda en pié por entero; pero Platon no por eso ha dejado de dar con intencion las reglas del método para la indagacion y para la discusion filosóficas. En esto consiste el interés del diálogo.

MENON
ó
DE LA VIRTUD.

SÓCRATES.—MENON.—UN ESCLAVO DE MENON.
ANITO (1).

MENON.

¿Podrás, Sócrates, decirme si la virtud puede enseñarse; ó si no pudiendo enseñarse, se adquiere sólo con la práctica; ó en fin, si no dependiendo de la práctica, ni de la enseñanza, se encuentra en el hombre naturalmente ó de cualquiera otra manera?

SÓCRATES.

Hasta ahora, los tesalienses han tenido mucho renombre entre los griegos, y han sido muy admirados por su destreza para manejar un caballo, y tambien por sus riquezas; pero hoy dia su nombradía descansa, á mi parecer, en su sabiduría, principalmente la de los conciudadanos de tu amigo Arístipo de Larisa (2). De ésto sois deudores á Gorgias; porque habiendo ido á esta ciudad, se atrajo por su saber á los principales aleuades (3), uno de los cuales es tu amigo Arístipo, y á los más distinguidos de los demás tesalienses. Os acostumbró á responder con seguridad y con un tono imponente á las preguntas

(1) Es el acusador de Sócrates.

(2) No debe confundirse con Arístipo de Cyrene, discípulo de Sócrates, que ponia el soberano bien en el placer.

(3) Los ciudadanos más nobles de Larisa, que descendian del rey Aleuas.

que se os hacen, como responden naturalmente los hombres que saben; tanto más, cuanto que él mismo se espontanea á todos los griegos que quieren preguntarle, y ninguno queda sin respuesta, cualquiera que sea la materia de que se trate.

Pero aquí (1), mi querido Menon, las cosas han tomado la faz opuesta. No sé qué especie de aridez se ha apoderado de la ciencia; hasta el punto que parece haberse retirado de estos lugares para ir á animar los vuestros. Por lo menos, si te propusieras interrogar sobre esta cuestion á alguno de aquí, no habria uno que no se echara á reir y que no te dijera: «Extranjero, sin duda me tienes por algun dichoso mortal, si crees que sé yo si la virtud puede enseñarse, ó si hay algun otro modo de adquirirla. Pero estoy tan distante de saber si la virtud, por su naturaleza, puede enseñarse, que hasta ignoro absolutamente lo que es la virtud.» En el mismo é idéntico caso, Menon, me hallo yo; tan falto de recursos como mis conciudadanos; y en verdad siento mucho no tener ningun conocimiento de la virtud. ¿Ni cómo podria conocer yo las cualidades de una cosa, cuya naturaleza ignoro? ¿Te parece posible, que uno que no conozca la persona de Menon, pueda saber si es hermoso, si es rico, noble; ó si es todo lo contrario? ¿Crees tú que ésto sea posible?

MENON.

No. Pero, ¿será cierto, Sócrates, que no sepas lo que es la virtud? ¿Es posible que al volver á nuestro país tuviéramos que hacer pública allí tu ignorancia sobre este punto?

SÓCRATES.

No sólo eso, mi querido amigo, sino que tienes que añadir que yo no he encontrado aún á nadie que lo sepa, á juicio mio.

(1) En Atenas.

MENON.

¿Cómo? ¿No viste á Gorgias cuando estuvo aquí?

SÓCRATES.

Sí.

MENON.

¿Y crees que él no lo sabia?

SÓCRATES.

No tengo mucha memoria, Menon; y así no puedo decirte en este momento qué juicio formé entónces de él. Pero quizá sabe lo que es la virtud, y tú sabes lo que él decia. Recuerda, pues, sus discursos sobre este punto; y si no te prestas á ésto, díme tú mismo lo que es la virtud, porque indudablemente en este asunto tienes las mismas opiniones que él.

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Dejemos en paz á Gorgias, puesto que está ausente. Pero tú, Menon, en nombre de los dioses, ¿en qué haces consistir la virtud? Dímelo; no me prives de este conocimiento, á fin de que, si me convenzo de que Gorgias y tú sabeis lo que es la virtud, tenga que confesar que por fortuna he incurrido en una falsedad, cuando he dicho que aún no he encontrado á nadie que lo supiese.

MENON.

La cosa no es difícil de explicar, Sócrates. ¿Quieres que te diga, por lo pronto, en qué consiste la virtud del hombre? Nada más sencillo: consiste en estar en posicion de administrar los negocios de su patria; y administrando, hacer bien á sus amigos y mal á sus enemigos, procurando, por su parte, evitar todo sufrimiento. ¿Quieres conocer en qué consiste la virtud de una mujer? Es fácil definirla. El deber de una mujer consiste en gobernar bien su casa, vigilar todo lo interior, y estar sometida á su marido. Tambien hay una virtud propia para los jóvenes de uno

y otro sexo y para los ancianos; la que conviene al hombre libre, tambien es distinta de la que conviene á un esclavo; en una palabra, hay una infinidad de virtudes diversas. Ningun inconveniente hay en decir lo que es la virtud, porque cada profesion, cada edad, cada accion, tiene su virtud particular. Creo, Sócrates, que lo mismo sucede respecto al vicio.

SÓCRATES.

Gran fortuna es la mia, Menon; porque, cuando sólo voy en busca de una sola virtud; me encuentro con todo un enjambre de ellas. Pero sirviéndome de esta imágen, tomada de los enjambres, si habiéndote preguntado cuál es la naturaleza de la abeja, y respondídome tú, que hay muchas abejas y de muchas especies; qué me hubieras contestado si entónces te hubiera yo dicho: ¿es á causa de su calidad de abejas por lo que dices que existen en gran número, que son de muchas especies y diferentes entre sí? ¿ó no difieren en nada como abejas, y sí en razon de otros conceptos, por ejemplo, de la belleza, de la magnitud ó de otras cualidades semejantes? Díme, ¿cuál hubiera sido tu respuesta á esta pregunta?

MENON.

Diria que las abejas, como abejas, no difieren unas de otras.

SÓCRATES.

Y si yo hubiera replicado: Menon, díme, te lo suplico; en qué consiste que las abejas no se diferencian entre sí y son todas una misma cosa; ¿podrias satisfacerme?

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pues lo mismo sucede con las virtudes. Aunque haya muchas y de muchas especies, todas tienen una esencia comun, mediante la que son virtudes; y el que ha de responder á la persona que sobre esto le pregunte, debe fijar

sus miradas en esta esencia, para poder explicar lo que es la virtud. ¿No entiendes lo que quiero decir?

MENON.

Se me figura que lo comprendo; sin embargo, no puedo penetrar, como yo querria, todo el sentido de la pregunta.

SÓCRATES.

¿Sólo respecto á la virtud, Menon, crees tú que es una para el hombre, otra para la mujer, y así para todos los demás? ¿Ó crees que lo mismo sucede respecto á la salud, á la magnitud, á la fuerza? ¿Te parece que la salud de un hombre sea distinta que la salud de una mujer? ¿Ó bien que la salud, donde quiera que se halle, ya sea en un hombre, ya en cualquiera otra cosa, en tanto que salud, es en todo caso de la misma naturaleza?

MENON.

Me parece que la salud es la misma para la mujer que para el hombre.

SÓCRATES.

¿No dirás otro tanto de la magnitud y de la fuerza; de suerte que la mujer que sea fuerte, lo será á causa de la misma fuerza que el hombre? Cuando digo, *la misma fuerza*, entiendo que la fuerza, en tanto que fuerza, no difiere en nada de sí misma, ya se halle en el hombre, ya en la mujer. ¿Encuentras tú alguna diferencia?

MENON.

Ninguna.

SOCRATES.

Y la virtud ¿será diferente de sí misma en su cualidad de virtud, ya se encuentre en un jóven ó en un anciano, en una mujer ó en un hombre?

MENON.

No lo sé, Sócrates; me parece que con esto no sucede lo que con lo demás.

SÓCRATES.

Pero qué! ¿No has dicho que la virtud de un hombre

consiste en administrar bien los negocios públicos, y la de una mujer en gobernar bien su casa?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y es posible gobernar una ciudad, una casa, ó cualquiera otra cosa, si no se administra conforme á las reglas de la sabiduría y de la justicia?

MENON.

No, verdaderamente.

SÓCRATES.

Pero si la administra de una manera justa y sábia, ¿no serán gobernadas por la justicia y la sabiduría?

MENON.

Necesariamente.

SÓCRATES.

Luego la mujer y el hombre, para ser virtuosos, tienen necesidad de las mismas cosas, á saber: de la justicia y de la sabiduría.

MENON.

Es evidente.

SÓCRATES.

Y qué, ¿el jóven y el anciano, si son desarreglados é injustos, serán nunca virtuosos?

MENON.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Luego para esto es preciso que sean sabios y justos.

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Luego todos los hombres son virtuosos de la misma manera; puesto que lo son mediante la posesion de las mismas cosas.

MENON.

Probablemente.

SÓCRATES.

Pero no serian virtuosos de la misma manera, si no tuviesen la misma virtud.

MENON.

No, sin duda.

SÓCRATES.

Por lo tanto, puesto que existe para todos una misma virtud, trata de decirme y de recordar en qué la haceis consistir Gorgias y tú.

MENON.

Si buscas una definicion general, ¿qué otra cosa es que la capacidad de mandar á los hombres?

SÓCRATES.

Es, en efecto, lo que yo busco. Pero dime, Menon: ¿consiste la virtud de un hijo ó de un esclavo en ser capaz de mandar á su dueño? ¿Y te parece que pueda permanecer esclavo en el acto mismo en que mande?

MENON.

No me parece, Sócrates.

SÓCRATES.

Eso seria contra razon, querido mio. Considera ahora lo que voy á decirte. Haces consistir la virtud en la capacidad de mandar; ¿no te parece que añadamos *justamente* y no *injustamente?*

MENON.

Ese es mi parecer; porque la justicia, Sócrates, es virtud.

SÓCRATES.

¿Pero es la virtud, Menon, ó alguna especie de virtud?

MENON.

¿Qué quieres decir con eso?

SÓCRATES.

Lo que puedo decir de cualquiera otra cosa; por ejem-

plo: diré que la redondez es una figura; pero no diré simplemente que es la figura; y la razon que tendria para explicarme de esta manera es porque hay otras figuras.

MENON.

Hablas perfectamente. Convengo por mi parte en que la justicia no es la única virtud, y que hay otras.

SÓCRATES.

¿Cuáles son? Nómbralas, como yo te nombraré las otras figuras, si me lo exiges. Haz tú lo mismo respecto á las otras virtudes.

MENON.

Me parece que la fuerza es una virtud, como lo son la templanza, la sabiduría, la liberalidad y otras muchas.

SÓCRATES.

Hénos aquí, Menon, otra vez con el mismo inconveniente. No buscamos más que una virtud; y hemos encontrado muchas por distinto camino que ántes. En cuanto á esta virtud única, cuya idea abraza todas las demás, no podemos descubrirla.

MENON.

No podré, Sócrates, encontrar una virtud tal como tú la buscas; una que convenga á todas las virtudes, como puedo hacerlo respecto de otras cosas.

SÓCRATES.

No me sorprende nada de lo que dices. Pero voy á hacer los esfuerzos posibles para que nos pongamos en camino de hacer este descubrimiento, si soy capaz de ello. Ya comprendes, sin duda, que lo mismo sucede con todas las demás cosas. Si te dirigiese la pregunta que yo ántes te hice: Menon, ¿qué es una figura? y me respondieses: es la redondez; y en seguida te preguntase, como ya ántes lo hice, si la redondez es la figura ó es una especie de figura; ¿no dirias probablemente que es una especie de figura?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Sin duda, porque hay otras figuras.

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Y si te preguntasen además cuáles son estas figuras. ¿las nombrarias?

MENON.

Seguramente.

SÓCRATES.

En igual forma, si te preguntasen lo que es el color y hubieses contestado que es la blancura; y despues te repusiesen, si la blancura es el color ó una especie de color; ¿no dirias que es una especie de color, en razon de que hay otros colores?

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y si te suplicasen que designaras los otros colores, nombrarias otros, que son tambien colores, como lo es la blancura

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Si tomando de nuevo la palabra, como lo he hecho, te dijese: abarcamos demasiadas cosas y no debes responder así; pero puesto que llamas á estas diversas cosas con un solo nombre, y pretendes que no hay una sola que no sea figura, áun cuando muchas sean opuestas entre sí, díme cuál es esta cosa que llamas figura; que comprende igualmente la línea recta y la línea curva, y que te obliga á decir que el espacio redondo no es ménos una figura que el espacio encerrado entre líneas rectas. ¿No es esto lo que dices?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Pero cuando hablas de esta manera, ¿quieres decir que lo que es redondo no es más bien redondo que recto, ó lo que es recto más bien recto que redondo?

MENON.

De ninguna manera, Sócrates.

SÓCRATES.

Sostienes, sin embargo, que el uno no es más figura que el otro; lo redondo que lo recto.

MENON.

Es cierto.

SÓCRATES.

Intenta decirme cuál es esta cosa que se llama figura. Si alguno te interrogase sobre la figura, sobre el color, y tú le respondieses: querido mio, yo no comprendo lo que me preguntas, ni sé de qué quieres hablarme; probablemente él se sorprenderia y replicaria: ¿no concibes que lo que te pregunto es comun á todas estas figuras y á todos estos colores? ¡Qué! Menon, ¿no tendrias nada que responder, en caso de que se te preguntase lo que el espacio redondo ó recto y los demás, que llamas figuras, tienen de comun? Trata de decirlo, para que esto te sirva como de ejercicio para la respuesta que has de dar con motivo de la virtud.

MENON.

No; pero dílo tú mismo, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Quieres que te dé gusto en esto?

MENON.

Mucho.

SÓCRATES.

¿Tendrás á tu vez la complacencia de decirme lo que es la virtud?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Es preciso entónces que yo haga cuanto pueda, porque la cosa vale la pena.

MENON.

Seguramente.

SÓCRATES.

Vamos; ensayemos una explicacion de lo que es la figura. Mira si admites esta definicion: la figura es, de todas las cosas que existen, la única que va unida al color. ¿Estás contento ó deseas alguna otra definicion? Yo me daria por satisfecho, si me dieras otra semejante de la virtud.

MENON.

Pero esta definicion es impertinente, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Por qué?

MENON.

Segun tu opinion, la figura va siempre unida con el color.

SÓCRATES.

Bien, ¿y luego?

MENON.

Si se dijese que no se sabe lo que es el color, y que en este concepto se está en el mismo embarazo que respecto á la figura; ¿qué pensarias de tu respuesta?

SÓCRATES.

Que es verdadera. Y si tropezase con alguno de esos hombres hábiles, siempre dispuestos á disputar y á argumentar, le diria: mi respuesta esta dada; si no es justa, á tí te toca pedir la palabra y refutarla. Pero si fuésemos dos amigos, como tú y yo, que quisiéramos conversar juntos, seria preciso contestar de una manera más suave y más conforme con las leyes de la dialéctica.

Es más conforme, á mi entender, con las leyes de la dialéctica no limitarse á dar una respuesta verdadera, sino hacer entrar en ella sólo cosas, que el mismo que pregunta confiesa que conoce. De esta manera es como voy á ensayar el responderte. Díme: ¿no hay una cosa que llamas fin, es decir, límite, extremidad? Estas tres palabras expresan la misma idea; quizá Pródico no convendria en ello ; ¿pero tú no dices de una cosa que es finita y limitada? Hé aquí lo que yo entiendo y en lo que no hay ninguna complicacion.

MENON.

Sí, digo lo mismo; y creo comprender tu pensamiento.

SÓCRATES.

¿No llamasá algunas cosas superficies, planos, y á otras sólidos? Por ejemplo, lo que se llama con estos nombres en geometría.

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Ahora puedes concebir lo que entiendo por figura. Porque digo en general de toda figura, que es lo que limita el sólido; y para resumir esta definicion en dos palabras, llamo figura al límite del sólido.

MENON.

¿Y qué es lo que llamas color? Sócrates.

SÓCRATES.

Me parece una burla, Menon, que quieras suscitar dificultades á un anciano como yo, ahogándome con preguntas; mientras que no quieres recordar, ni decirme, en qué hace consistir Gorgias la virtud.

MENON.

Te lo diré, Sócrates, despues que hayas respondido á á mi pregunta.

SÓCRATES.

Aunque tuviera los ojos vendados, sólo por tu conver-

sacion conoceria que eres hermoso y que tienes amantes.

MENON.

¿Por qué?

SÓCRATES.

Porque en tus discursos no haces más que mandar; cosa muy comun en los jóvenes, que, orgullosos de su belleza, ejercen una especie de tiranía mientras están en la flor de sus años. Además de esto, quizá has descubierto mi flaco, el amor por la belleza. Pero te daré gusto y te responderé.

MENON.

Sí, hazme ese favor.

SÓCRATES.

¿Quieres que te responda como responderia Gorgias, de modo que te sea más fácil seguirme?

MENON.

Lo quiero; ¿por qué no?

SÓCRATES.

¿No decís, segun el sistema de Empedocles, que los cuerpos producen emanaciones?

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Y que tienen poros, por los que y al través de los cuales pasan estas emanaciones?

MENON.

Seguramente.

SÓCRATES.

Y que ciertas emanaciones son proporcionadas á ciertos poros; mientras que para otros, ellas son ó demasiado grandes ó demasiado pequeñas?

MENON.

Es verdad.

SÓCRATES.

¿Reconoces lo que se llama la vista?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Sentado esto, *comprende lo que digo*, como dice Píndaro. El color no es otra cosa que una emanacion de las figuras, proporcionada á la vista y sensible.

MENON.

Esa respuesta, Sócrates, me parece perfectamente bella.

SÓCRATES.

Eso nace al parecer de que no es extraña á vuestras ideas; y creo que tú mismo percibirás que, sobre la base de esta respuesta, te seria fácil explicar lo que es la voz, el olfato y otras cosas semejantes.

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Ella tiene no sé qué de trágico, Menon; y por esta razon te agrada más que la respuesta relativa á la figura.

MENON.

Lo confieso.

SÓCRATES.

Sin embargo, no es tan buena, hijo de Alexidemo, á lo que yo creo; la otra vale más. Lo mismo juzgarias tú, si, como ayer decias, no te vieses obligado á partir ántes de los misterios, y pudieses permanecer y hacerte iniciar en ellos.

MENON.

Con gusto permaneceria, Sócrates, si consintieses en referirme muchas cosas de esas.

SÓCRATES.

En cuanto dependa de la buena voluntad, nada omitiré tanto por tí, como por mi. Pero témome que no voy á ser capaz de decirte cosas semejantes. Procura ahora cumplir tu promesa, y decirme lo que es la virtud en general.

Cesa de hacer muchas cosas de una sola, como se dice generalmente para burlarse de los habladores; y dejando la virtud entera é íntegra, explícame en qué consiste. Ya te he dado modelos para que te sirvan de guia.

MENON.

Me parece, Sócrates, que la virtud consiste, como dice el poeta, en complacerse con las cosas bellas y poder adquirirlas. Así, yo llamo virtud la disposicion de un hombre, que desea las cosas bellas y puede procurarse su goce.

SÓCRATES.

Desear las cosas bellas, ¿es en tu concepto desear las cosas buenas?

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Es que hay hombres que desean cosas malas, mientras que otros desean las buenas? ¿No te parece, querido mio, que todos desean lo que es bueno?

MENON.

De ninguna manera.

SÓCRATES.

¿Luego á tu juicio algunos desean lo que es malo?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

¿Quieres decir que miran entonces lo malo como bueno; ó que, conociéndolo como malo, no cesan de desearlo?

MENON.

A mi parecer lo uno y lo otro.

SÓCRATES.

Pero Menon, ¿crees que un hombre, conociendo el mal como mal, puede verse inclinado á desearlo?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

¿A qué llamas tú desear? ¿Es desear la adquisicion de alguna cosa?

MENON.

Seguramente; adquirirla.

SÓCRATES.

¿Pero este hombre se imagina que el mal es ventajoso para aquel que lo experimenta, ó bien sabe que es dañoso á la persona en quien se encuentra?

MENON.

Unos imaginan que el mal es ventajoso; y otros saben que es dañoso.

SÓCRATES.

¿Pero crees que los que se imaginan que el mal es ventajoso, le conocen como mal?

MENON.

En ese concepto no lo creo.

SÓCRATES.

Por lo tanto, es evidente que no desean el mal, puesto que no le conocen como mal; sino que desean lo que tienen por un bien, y que realmente es un mal. De suerte que los que ignoraban que una cosa es mala, y la creen buena, desean manifiestamente el bien. ¿No es así?

MENON.

Así parece.

SÓCRATES.

Pero los otros, que desean el mal, segun tú dices, y que están persuadidos de que el mal daña á la persona en quien se encuentra, conocen sin duda que le será dañoso.

MENON.

Necesariamente.

SÓCRATES.

¿Y no crees que aquellos, á quienes daña, tienen derecho á quejarse, en razon de ese mismo daño que reciben?

MENON.

Tambien.

SÓCRATES.

¿Y que en tanto que tienen motivo para quejarse, se los considera desgraciados?

MENON.

Así lo pienso.

SÓCRATES.

¿Pero hay alguno que quiera tener de qué quejarse y ser desgraciado?

MENON.

No lo creo, Sócrates.

SÓCRATES.

Si, pues, nadie quiere eso, es claro que nadie quiere el mal. En efecto, ser miserable ¿qué otra cosa es que desear el mal y procurárselo?

MENON.

Parece que tienes razon, Sócrates; nadie quiere el mal.

SÓCRATES.

¿No decias ántes que la virtud consiste en *querer* el bien y *poder* realizarlo?

MENON.

Sí, lo he dicho.

SÓCRATES.

¿No es cierto que la parte de esta definicion, que expresa el *querer*, es comun á todos; y que en este concepto ningun hombre es mejor que otro?

MENON.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

Es claro, por consiguiente, que si unos son mejores que otros, no puede ser sino en razon del *poder*.

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Por lo tanto, la virtud en este concepto no parece ser otra cosa que el poder de procurarse el bien.

MENON.

Me parece verdaderamente, Sócrates, que es tal como tú la concibes.

SÓCRATES.

Veamos si es así; porque quizá tienes razon. ¿Haces consistir la virtud en el poder de procurarse el bien?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

¿No llamas bienes á la salud, la riqueza, la posesion del oro y de la plata, los honores y dignidades de la República? ¿Das el nombre de bienes á otras cosas que á estas?

MENON.

No; pero comprendo, bajo el nombre de bienes, todas las cosas de esta naturaleza.

SÓCRATES.

Enhorabuena. Procurarse el oro y la plata es la virtud, por lo que dice Menon, el huésped del gran rey por su padre. ¿Añades algo á esta adquisicion, como que sea *justa* y *santa*? ¿O tienes esto por indiferente; y esta adquisicion, áun cuando sea injusta, no dejará de ser una virtud en tu opinion?

MENON.

Nada de eso, Sócrates; eso será un vicio.

SÓCRATES.

Luego, á lo que parece, es absolutamente necesario que la justicia, ó la templanza, ó la santidad, ó cualquiera otra parte de la virtud se muestren en esta adquisicion; sin lo que no será virtud, aunque nos procure bienes.

MENON.

¿Cómo ha de ser virtud sin esas condiciones, Sócrates?

SÓCRATES.

Pero no procurarse el oro, ni la plata, cuando esto no es justo; y no procurarlo en este caso á ningun otro, ¿no es igualmente una virtud?

MENON.

Me parece que sí.

SÓCRATES.

De esta manera, procurarse esta clase de bienes, no es más virtud que no procurárselos; sino que, segun todas las apariencias, lo que se hace con justicia es virtud; y por el contrario, lo que no tiene ninguna cualidad de este género, es vicio.

MENON.

Me parece imprescindible que sea como dices.

SÓCRATES.

¿No dijimos ántes que cada una de estas cualidades, la justicia, la templanza, y todas las demás de esta naturaleza, son partes de la virtud?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Luego, ¿tú te burlas de mí, Menon?

MENON.

¿Por qué, Sócrates?

SÓCRATES.

Porque habiéndote suplicado hace un momento, que no rompieras la virtud, ni la hicieras trizas; y habiéndote dado modelos de la manera en que debes responder, ningun aprecio has hecho de todo esto; y me dices, por una parte, que la virtud consiste en poder procurarse bienes con justicia; y por otra, que la justicia es una parte de la virtud.

MENON.

Lo confieso.

SÓCRATES.

Así resulta por tu misma confesion, que la virtud consiste en hacer todo aquello que se hace con una parte de la virtud; puesto que reconoces que la justicia y las demás cualidades semejantes son partes de la virtud.

MENON.

Y bien, ¿qué significa eso?

SÓCRATES.

Eso procede de que, léjos de explicarme lo que es la virtud en general, como te he pedido, me dices que toda accion es la virtud, con tal que se haga con una parte de la virtud; como si esto fuera explicarme lo que es la virtud en general, y como si yo debiese reconocerla en el acto mismo, que tú la divides en pedazos. No hay remedio, á lo que parece; es preciso que te pregunte de nuevo, mi querido Menon, lo que es la virtud, y si es cierto que es toda accion hecha con una parte de la virtud; porque el decir esto es lo mismo que decir que toda accion hecha con justicia, es la virtud. ¿No crees que hay necesidad de que volvamos á la misma cuestion? ¿Piensas que, no conociendo la virtud misma, se pueda conocer lo que es una parte de ella?

MENON.

No lo pienso así.

SÓCRATES.

Porque si te acuerdas, cuando te respondí ántes sobre la figura, condenamos esta manera de responder, que se apoya en lo mismo que se discute, y sobre lo que no estamos aún conformes.

MENON.

Hemos tenido razon para condenarlo, Sócrates.

SÓCRATES.

Por lo tanto, querido mio, mientras que busquemos aún lo que es la virtud en general, no te figures que puedes explicar á nadie su naturaleza, haciendo entrar en tu

respuesta las partes de la virtud, ni definir nada empleando un método semejante. Persuádete de que habrá de renovarse la misma pregunta siempre. ¿Qué entiendes por virtud, cuando de ella hablas? ¿Juzgas que lo que digo no es serio?

MENON.

Por el contrario, tu discurso me parece muy sensato.

SÓCRATES.

Respóndeme, pues, de nuevo; ¿en qué haceis consistir la virtud tú y tu amigo?

MENON.

Habia oido decir, Sócrates, ántes de conversar contigo, que tú no sabias más que dudar y sumir á los demás en la duda; y veo ahora que fascinas mi espíritu con tus hechizos, tus maleficios y tus encantamientos; de manera que estoy lleno de dudas. Y si es permitido chancearse, me parece que imitas perfectamente por la figura y en todo, á ese corpulento torpedo marino, que causa adormecimiento á todos los que se le aproximan y le tocan. Pienso que has producido el mismo efecto sobre mí; porque verdaderamente siento adormecidos mi espíritu y mi cuerpo, y no sé qué responderte. Sin embargo, he discurrido mil veces, por despacio, sobre la virtud, delante de muchas personas y con acierto, á mi parecer. Pero en este momento no puedo decir ni aún lo que es la virtud. Haces bien, en mi juicio, en no embarcarte, ni visitar otros países; porque si lo que haces aquí, lo hicieses en cualquiera otra ciudad, bien pronto te exterminarian.

SÓCRATES.

Eres muy astuto, Menon; y has querido sorprenderme.

MENON.

¿Cómo? Sócrates.

SÓCRATES.

Ya veo por qué has hecho esa comparacion.

MENON.

Te suplico me digas por qué.

SÓCRATES.

Para que te compare yo á mi vez. Sé que todos los hermosos gustan que se les compare, porque se convierte en su provecho; puesto que las imágenes de las cosas bellas son bellas, á mi entender. Pero no te volveré comparacion por comparacion. En cuanto á mí, si el torpedo, estando adormecido, produce en los demás adormecimiento, entónces yo me parezco á él; pero si no, no me parezco. Porque si llevo la duda al espíritu de los demás, no es porque yo sepa más que ellos, sino todo lo contrario; pues yo dudo más que nadie, y así es como hago dudar á los demás. Ahora mismo, con relacion á la virtud, yo no sé lo que es; y tú quizá lo sabias ántes de hablar conmigo; pero en este momento parece que tampoco lo sabes. Sin embargo, quiero examinar y buscar contigo lo que pueda ser.

MENON.

¿Y qué medio adoptarás, Socrates, para indagar lo que de ninguna manera conoces? ¿Qué principio te guiará en la indagacion de cosas, que ignoras absolutamente? Y áun cuando llegases á encontrar la virtud, ¿cómo la reconocerias, no habiéndola nunca conocido?

SÓCRATES.

Comprendo lo que quieres decir, Menon. Mira ahora cuán fecundo en cuestiones es el tema que acabas de sentar. Segun él, no es posible al hombre indagar lo que sabe, ni lo que no sabe. No indagará lo que sabe, porque ya lo sabe; y por lo mismo no tiene necesidad de indagacion; ni indagará lo que no sabe, por la razon de que no sabe lo que ha de indagar.

MENON.

¿No te parece verdadero ese razonamiento, Sócrates?

SÓCRATES.

De ninguna manera.

MENON.

¿Me dirás por qué?

SÓCRATES.

Sí; porque he oido hablar á hombres y mujeres hábiles en las cosas divinas.

MENON.

¿Qué dicen?

SÓCRATES.

Cosas verdaderas y bellas, á mi entender.

MENON.

¿Pero qué dicen y quiénes son esas personas?

SÓCRATES.

En cuanto á las personas son sacerdotes y sacerdotisas, que se han propuesto dar razon de los objetos concernientes á su ministerio. Es Píndaro y son otros muchos poetas; me refiero sólo á los que son divinos. Hé aquí lo que ellos dicen, y examina si sus razonamientos te parecen verdaderos.

Dicen que el alma humana es inmortal; que tan pronto desaparece, que es lo que llaman morir, como reaparece; pero que no perece jamás; por esta razon es preciso vivir lo más santamente posible; porque Proserpina, al cabo de nueve años, vuelve á esta vida el alma de aquellos, que la han pagado la deuda de sus antiguas faltas. De estas almas se forman los reyes ilustres y célebres por su poder y los hombres más famosos por su sabiduría; y en los siglos siguientes, ellos son considerados por los mortales como santos héroes (1). Así, pues, para el alma, siendo inmortal, renaciendo á la vida muchas veces, y habiendo visto todo lo que pasa, tanto en esta como en la otra,

(1) Esto está tomado de alguna oda de Pindaro que no se conoce.

no hay nada que ella no haya aprendido. Por esta razon, no es extraño que, respecto á la virtud y á todo lo demás, esté en estado de recordar lo que ha sabido. Porque, como todo se liga en la naturaleza y el alma todo lo ha aprendido, puede, recordando una sola cosa, á lo cual los hombres llaman aprender, encontrar en sí misma todo lo demás, con tal que tenga valor y que no se canse en sus indagaciones. En efecto; todo lo que se llama buscar y aprender no es otra cosa que recordar. Ninguna fe debe darse al tema, fecundo en cuestiones, que propusiste ántes; porque sólo sirve para engendrar en nosotros la pereza, y no es cosa agradable dar oidos sólo á hombres cobardes. Mi doctrina, por el contrario, los hace laboriosos é inventivos. Así, pues, la tengo por verdadera; y quiero en su consecuencia indagar contigo lo que es la virtud.

MENON.

Consiento en ello, Sócrates. Pero ¿te limitarás á decir simplemente que nosotros nada aprendemos, y que lo que se llama aprender no es otra cosa que recordar? ¿Podrias enseñarme cómo se verifica esto?

SÓCRATES.

Ya te dije, Menon, que eres muy astuto. En el acto mismo en que sostengo que no se aprende nada y que no se hace más que acordarse, me preguntas si puedo enseñarte una cosa; para hacer que inmediatamente me ponga así en contradiccion conmigo mismo.

MENON.

En verdad, Sócrates, no lo he dicho con esa intencion, sino por puro hábito. Sin embargo, si puedes demostrarme que la cosa es tal como dices, demuéstramela.

SÓCRATES.

Eso no es fácil; pero en tu obsequio haré lo que me sea posible. Llama á alguno de los muchos esclavos que están á tu servicio, el que quieras; para que te demuestre en él le que deseas.

MENON.

Con gusto. Ven aquí (1).

SÓCRATES.

¿Es griego y sabe el griego?

MENON.

Muy bien; como que ha nacido en casa.

SÓCRATES.

Atiende y observa si el esclavo recuerda ó aprende de mí.

MENON.

Fijaré mi atencion.

SÓCRATES.

Díme, jóven; ¿sabes que esto es un cuadrado (2)?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

El espacio cuadrado, ¿no es aquel que tiene iguales las cuatro líneas que ves?

ESCLAVO.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿No tiene tambien estas otras líneas, tiradas por medio, iguales?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿No puede haber un espacio semejante más grande ó más pequeño?

ESCLAVO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Si este lado fuese de dos piés y este otro tambien de

(1) Llama á un jóven esclavo.

(2) Sócrates le hace ver una figura que ha trazado sobre la arena.

dos piés, ¿cuántos piés tendria el todo? Considéralo ántes de esta manera. Si este lado fuese de dos piés y este de un pié sólo, ¿no es cierto que el espacio tendria una vez dos piés?

ESCLAVO.

Sí, Sócrates.

SÓCRATES.

Pero como este otro lado es igualmente de dos piés, ¿no tendrá el espacio dos veces dos?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Luego el espacio tiene dos veces dos piés?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Cuántos son dos veces dos piés? Dímelo despues de haberlos contado.

ESCLAVO.

Cuatro, Sócrates.

SÓCRATES.

¿No podria formarse un espacio doble que éste y del todo semejante, teniendo como él todas sus líneas iguales?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Cuántos piés tendria?

ESCLAVO.

Ocho.

SÓCRATES.

Vamos; procura decirme cuál es la longitud de cada línea de este otro cuadrado. Las de éste son de dos piés. ¿De cuánto serán las del cuadrado doble?

ESCLAVO.

Es evidente, Sócrates, que serán dobles.

SÓCRATES.

Ya ves, Menon, que yo no le enseño nada de todo esto, y que no hago más que interrogarle. Él imagina ahora saber cuál es la línea con que debe formarse el espacio de ocho piés. ¿No te parece así?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

¿Lo sabe?

MENON.

No, seguramente.

SÓCRATES.

¿Cree que se forma con una línea doble?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Obsérvale á medida que él va recordando. Respóndeme tú. ¿No dices que el espacio doble se forma con una línea doble? Por esto no entiendo un espacio largo por esta parte y estrecho por aquella; sino que es preciso que sea igual en todos sentidos, como éste; y que sea doble, es decir, de ocho piés. Mira si crees aún que se forma con una línea doble.

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

Si añadimos á esta línea otra línea tan larga como ella, ¿no será la nueva línea doble que la primera?

ESCLAVO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Con esta línea, dices, se formará un espacio doble, si se tiran cuatro semejantes.

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

Tiremos cuatro semejantes á esta. ¿No será éste el que llamarán espacio de ocho piés?

ESCLAVO.

Seguramente.

SÓCRATES.

En este cuadrado, ¿no se encuentran cuatro, iguales á éste que es de cuatro piés?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿De qué magnitud es? ¿No es cuatro veces más grande?

ESCLAVO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pero lo que es cuatro veces más grande, es doble?

ESCLAVO.

No, ¡por Júpiter!

SÓCRATES.

¿Pues qué es?

ESCLAVO.

Cuádruplo.

SÓCRATES.

De esta manera, jóven, con una línea doble no se forma un espacio doble, sino cuádruplo.

ESCLAVO.

Es la verdad.

SÓCRATES.

Porque cuatro veces cuatro hacen diez y seis. ¿No es así?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Con qué línea se forma, pues, el espacio de ocho piés? El espacio cuádruplo, ¿no se forma con ésta?

ESCLAVO.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

Y el espacio de cuatro piés, ¿no se forma con esta línea, que es la mitad de la otra?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

Sea así. El espacio de ocho piés, ¿no es doble que éste y la mitad que aquél?

ESCLAVO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Se formará con una línea más grande que ésta, y más pequeña que aquella; ¿no es así?

ESCLAVO.

Me parece que sí.

SÓCRATES.

Muy bien. Responde siempre lo que pienses. Díme: ¿no era esta línea de dos piés, y esta otra de cuatro?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

Es preciso, por consiguiente, que la línea del espacio de ocho piés sea más grande que la de dos piés, y más pequeña que la de cuatro.

ESCLAVO.

Así es preciso.

SÓCRATES.

Díme de cuanto debe de ser.

ESCLAVO.

De tres piés.

SÓCRATES.

Si es de tres piés, no tenemos más que añadir á esta línea la mitad de ella misma, y será de tres piés. Porque

hé aquí dos piés, y aquí uno. De estotro lado, en igual forma, hé aquí dos piés y aquí uno, y resulta formado el espacio de que hablas.

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Pero si el espacio tiene tres piés de este lado y tres piés del otro, no es de tres veces tres?

ESCLAVO.

Evidentemente.

SÓCRATES.

¿Cuántos son tres veces tres piés?

ESCLAVO.

Nueve.

SÓCRATES.

¿Y de cuántos piés debe ser el espacio doble?

ESCLAVO.

De ocho.

SÓCRATES.

El espacio de ocho piés no se forma entónces tampoco con la línea de tres piés.

ESCLAVO.

No, verdaderamente.

SÓCRATES.

¿Con qué línea se forma? Procura decírnoslo exactamente; y si no quieres calcularla, muéstranosla.

ESCLAVO.

¡Por Júpiter! no sé, Sócrates.

SÓCRATES.

Mira ahora de nuevo, Menon, lo que ha andado el esclavo en el camino de la reminiscencia. No sabia al principio cuál es la línea con que se forma el espacio de ocho piés, como ahora no lo sabe; pero entónces creia saberlo, y respondió con confianza, como si lo supiese; y no creia

ser ignorante en este punto. Ahora reconoce su embarazo, y no lo sabe; pero tampoco cree saberlo.

MENON.

Dices verdad.

SÓCRATES.

¿No está actualmente en mejor disposicion respecto de la cosa que él ignoraba?

MENON.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

Enseñándole á dudar y adormeciéndole á la manera de torpedo, ¿le hemos causado algun daño?

MENON.

Pienso que no.

SÓCRATES.

Por el contrario; le hemos puesto, á mi parecer, en mejor disposicion para descubrir la verdad. Porque ahora, aunque no sepa la cosa, la buscará con gusto; mientras que ántes hubiera dicho con mucho desenfado, delante de muchas personas y creyendo explicarse perfectamente, que el espacio doble debe formarse con una línea doble en longitud.

MENON.

Así seria.

SÓCRATES.

¿Piensas que hubiera intentado indagar y aprender lo que él creia saber ya, aunque no lo supiese, ántes de haber llegado á dudar; si convencido de su ignorancia, no se le hubiera puesto en posicion de desear saberlo?

MENON.

Yo no lo pienso, Sócrates.

SÓCRATES.

El adormecimiento le ha sido, pues, ventajoso.

MENON.

Me parece que sí.

SÓCRATES.

Repara ahora cómo, partiendo de esta duda, va á descubrir la cosa, indagando conmigo; aunque yo no haré más que interrogarle, sin enseñarle nada. Observa bien por si llegas á sorprenderme enseñándole ó explicándole algo; en una palabra, haciendo otra cosa que preguntarle lo que piensa.

Tú, esclavo, dime: este espacio, no es de cuatro piés? ¿Comprendes?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿No puede añadírsele este otro espacio que es igual?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y este tercero igual á los otros dos?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

Para completar el cuadro, ¿no podremos, en fin, colocar este otro en este ángulo?

ESCLAVO.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿No resultan así cuatro espacios iguales entre sí?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

Pero, ¿qué es todo ese espacio, respecto de este otro?

ESCLAVO.

Es cuádruplo.

SÓCRATES.

Pero lo que necesitábamos era formar uno doble; ¿no te acuerdas?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

Esta línea, que va de un ángulo á otro, ¿no corta en dos cada uno de estos espacios?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿No ves aquí cuatro líneas iguales que encierran este espacio?

ESCLAVO.

Es cierto.

SÓCRATES.

Mira cual es la magnitud de este espacio.

ESCLAVO.

Yo no lo veo.

SÓCRATES.

¿No ha separado cada línea de las ántes dichas por mitad cada uno de estos cuatro espacios? ¿No es así?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Cuántos espacios semejantes aparecen en éste?

ESCLAVO.

Cuatro.

SÓCRATES.

¿Y en aquél?

ESCLAVO.

Dos.

SÓCRATES.

¿En qué relacion está cuatro con dos?

ESCLAVO.

Es doble.

SÓCRATES.

¿Cuántos piés tiene este espacio?

ESCLAVO.

Ocho piés.

SÓCRATES.

¿Con qué línea está formado?

ESCLAVO.

Con ésta.

SÓCRATES.

¿Con la línea, que va de uno á otro ángulo del espacio de cuatro piés?

ESCLAVO.

Sí.

SÓCRATES.

Los sofistas llaman á esta línea diámetro. Y así, suponiendo que sea este su nombre, el espacio doble, esclavo de Menon, se formará, como dices, con el diámetro.

ESCLAVO.

Verdaderamente sí, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Qué te parece, Menon? ¿Ha dado alguna respuesta que no sea suya?

MENON.

No; ha hablado siempre por su cuenta.

SÓCRATES.

Sin embargo; como dijimos ántes, él no lo sabia.

MENON.

Dices verdad.

SÓCRATES.

¿Estos pensamientos estaban en él ó no estaban?

MENON.

Estaban.

SÓCRATES.

El que ignora, tiene, por lo tanto, en sí mismo opiniones verdaderas relativas á lo mismo que ignora.

MENON.

Al parecer.

SÓCRATES.

Estas opiniones llegan á despertarse, como un sueño; y si se le interroga muchas veces y de diversas maneras sobre los mismos objetos, ¿crees que al fin no se adquirirá un conocimiento que será lo más exacto posible?

MENON.

Es verosímil.

SÓCRATES.

De esta manera sabrá, sin haber aprendido de nadie, por medio de simples interrogaciones, y sacando así la ciencia de su propio fondo.

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

¿Pero sacar la ciencia de su propio fondo no es recordar?

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿No es cierto que la ciencia, que tiene hoy tu esclavo, es preciso que la haya recibido en otro tiempo, ó que la haya tenido siempre?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Pero si la hubiera tenido siempre, habria sido siempre sabio; y si la recibió en otro tiempo, no pudo ser en la vida presente, á no ser que alguno le haya enseñado la geometría; porque lo mismo hará respecto de las demás partes de la geometría y de todas las demás ciencias. ¿Le ha enseñado alguien todo esto? Tú debes saberlo, tanto más cuanto que ha nacido y se ha criado en tu casa.

MENON.

Yo sé que nunca le ha enseñado nadie semejantes cosas.

SÓCRATES.

¿Tiene ó nó estas opiniones?

MENON.

Me parece incontestable que las tiene, Sócrates.

SÓCRATES.

Si no ha recibido estos conocimientos en su vida presente, es claro que los ha recibido ántes, y que ha aprendido lo que sabe en algun otro tiempo.

MENON.

Al parecer.

SÓCRATES.

¿Este tiempo no será aquel en que aún no era hombre?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Por consiguiente; si durante el tiempo que él es hombre y del tiempo en que no lo es, hay en él verdaderas opiniones que se hacen conocimientos, cuando se las despierta con preguntas; ¿no es cierto que en todo el trascurso de los tiempos su alma ha sido sábia? Porque es claro que durante toda la extension del tiempo es ó no es hombre.

MENON.

Eso es evidente.

SÓCRATES.

Luego si la verdad de los objetos está siempre en nuestra alma, nuestra alma es inmortal. Por esta razon es preciso intentar con confianza el indagar y traer á la memoria lo que no sabes por el momento, es decir, aquello de que tú no te acuerdas.

MENON.

Yo no sé cómo, pero me parece que tienes razon, Sócrates.

SÓCRATES.

Esto es lo que á mí se me ocurre tambien. A la verdad, yo no podré afirmar muy positivamente que todo lo demás que he dicho sea verdadero; pero estoy dispuesto á sostener con palabras y con hechos, si soy capaz de ello,

que la persuasion de que es preciso indagar lo que no se sabe, nos hará sin comparacion mejores, más resueltos y ménos perezosos, que si pensáramos que era imposible descubrir lo que ignoramos, é inútil buscarlo.

MENON.

Eso me parece muy bien dicho, Sócrates.

SÓCRATES.

Por lo tanto, puesto que estamos de acuerdo en que se debe indagar lo que no se sabe; ¿quieres que averiguemos juntos lo que es la virtud?

MENON.

Con mucho gusto. Sin embargo, no, Sócrates; prefiero dilucidar y oirte, en lo cual tendria el mayor placer, sobre la cuestion que te propuse al principio, á saber: si es preciso aplicarse á la virtud como á una cosa que puede enseñarse; ó si se la recibe de la naturaleza; ó en fin, de qué manera llega á los hombres.

SÓCRATES.

Si tuviera alguna autoridad, no sólo sobre mí mismo, sino sobre tí, Menon, no examinariamos si la virtud es susceptible ó nó de enseñanza, sino despues de haber indagado lo que es en sí misma. Mas como no haces ningun esfuerzo para dominarte, sin duda para mantenerte libre; y por otra parte, intentas imponerme la ley, y de hecho me la impones, tomo el partido de darme por vencido. ¿Y qué vamos á hacer? Hénos aquí en el caso de examinar la cualidad de una cosa, cuya naturaleza no conocemos. Si no quieres obedecerme en nada, modera por lo ménos tu imperio sobre mí; y permíteme indagar, á manera de hipótesis, si la virtud puede enseñarse, ó si se la adquiere por cualquier otro medio. Cuando digo á manera de hipótesis, entiendo el método ordinario de los geómetras. Cuando se les interroga sobre un espacio, por ejemplo, y se les pregunta si es posible inscribir un triángulo en un círculo, os responden: yo no sé si será eso posible, pero

sentando la siguiente hipótesis, podrá servirnos para la solucion del problema. Si esta figura es tal, que describiendo un círculo sobre sus líneas dadas, hay otro tanto espacio fuera del círculo como en la figura misma, resultará tal cosa; y otra cosa distinta, si esta condicion no se llena. Sentada esta hipótesis, consiento en decirte lo que sucederá con relacion á la inscripcion de la figura en el círculo, y si esta inscripcion es posible ó nó. En igual forma, puesto que no conocemos la naturaleza de la virtud ni sus propiedades, examinemos, partiendo de una hipótesis, si puede ó nó enseñarse, y hagámoslo de la manera siguiente: si la virtud es tal ó cual cosa con relacion al alma, podrá enseñarse ó no se podrá. En primer lugar, siendo de otra naturaleza que la ciencia, ¿es ó no susceptible de enseñanza, ó como deciamos ántes, de reminiscencia? No nos ocupemos de cuál de estos dos nombres nos serviremos. ¿En este caso, pues, la virtud puede ser enseñada? Ó más bien, ¿no es claro para todo el mundo, que la ciencia es la única cosa que el hombre aprende?

MENON.

Así me parece.

SÓCRATES.

Si, por el contrario, la virtud es una ciencia, es evidente que puede enseñarse.

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Bien pronto, pues, nos vemos libres de esta cuestion: siendo tal la virtud, se la puede enseñar; no siendo tal, no se la puede enseñar.

MENON.

Seguramente.

SÓCRATES.

Pero se presenta ahora otra cuestion que examinar, á saber: si la virtud es una ciencia ó si defiere de la ciencia.

MENON.

Me parece que esto es lo que necesitamos considerar.

SÓCRATES.

¿Pero no decimos que la virtud es un bien? ¿Y no nos mantendremos firmes en esta hipótesis?

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Si hay alguna especie de bien, que sea distinto de la ciencia, puede suceder que la virtud no sea una ciencia. Pero si no hay ningun género de bien, que la ciencia no abrace, tendremos razon para conjeturar que la virtud es una especie de ciencia.

MENON.

Es cierto.

SÓCRATES.

Además, por la virtud nosotros somos buenos.

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Y si somos buenos, somos, por consiguiente, útiles; porque todos los que son buenos, son útiles; ¿no es así?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Luego la virtud es útil.

MENON.

Es un resultado necesario de las proposiciones que hemos ido aprobando.

SÓCRATES.

Examinemos entonces las cosas, que nos son útiles, recorriéndolas una á una. La salud, la fuerza, la belleza; hé aquí lo que miramos como útil; ¿no es verdad?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Decimos igualmente, que estas mismas cosas son algunas veces dañosas. ¿Eres tú de otra opinion?

MENON.

No; pienso lo mismo.

SÓCRATES.

Mira ahora en qué concepto cada una de estas cosas nos es útil ó dañosa. ¿No son útiles, cuando se hace de ellas un buen uso; y dañosas, cuando se hace malo?

MENON.

Seguramente.

SÓCRATES.

Consideremos ahora las cualidades del alma. ¿No hay cualidades que llamas templanza, justicia, fortaleza, penetracion de espíritu, memoria, elevacion de sentimientos y otras semejantes?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Mira cuáles de estas cualidades te parece que no son objeto de una ciencia, y sí otra cosa. ¿No son tan pronto dañosas como provechosas? La fortaleza, por ejemplo, cuando está destituida de prudencia, es simplemente audacia. ¿No es cierto que si somos atrevidos sin prudencia, esto viene en perjuicio nuestro; y que sucede lo contrario cuando la prudencia acompaña al atrevimiento?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Asimismo, la templanza y la penetracion de espíritu ¿no son útiles cuando se las aplica y pone en ejercicio con prudencia; y dañosas cuando esta falta?

MENON.

Sí, ciertamente.

SÓCRATES.

¿No es cierto, en general, respecto á todo lo que el alma está dispuesta á hacer y soportar, que cuando preside la sabiduría, todo conduce á su bien; así como todo á su desgracia, si aquella falta?

MENON.

Es probable.

SOCRATES.

Si la virtud es una cualidad del alma, y si es indispensable que sea útil, es preciso que sea la sabiduría misma. Porque en el supuesto de que todas las demás cualidades del alma no son por sí mismas útiles y dañosas, sino que se hacen lo uno ó lo otro, segun que las acompaña la sabiduría ó la imprudencia, resulta de aquí, que la virtud, siendo útil, debe ser una especie de sabiduría.

MENON.

Así lo pienso.

SÓCRATES.

Y con relacion á las demás cosas, tales como la riqueza y otras semejantes, que, segun dijimos, son tan pronto útiles como dañosas; ¿no convienes en que á la manera que la sabiduría, cuando dirige las otras cualidades del alma, las hace útiles, y la imprudencia dañosas; así el alma hace estas otras cosas útiles, cuando usa de ellas y las dirige bien; y dañosas cuando se sirve mal de ellas?

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Luego el alma sábia gobierna bien; y la imprudente gobierna mal.

MENON.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿No puede decirse, en general, que si se ha de consultar el bien, todo lo que está en el poder del hombre debe es-

tar sometido al alma; y todo lo que pertenece al alma, depender de la sabiduría? De esta manera es como la sabiduría es útil. Porque ya estamos conformes en que la virtud es igualmente útil.

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Luego diremos que la sabiduría es necesariamente, ó la virtud toda entera, ó una parte de la virtud.

MENON.

Todo eso me parece muy en su lugar, Sócrates.

SÓCRATES.

Pero entonces, los hombres no son buenos por naturaleza.

MENON.

Parece que no.

SÓCRATES.

Porque hé aquí lo que sucederia. Si los hombres de bien fuesen tales naturalmente, habria entre nosotros personas que averiguarian quiénes eran los jóvenes buenos por naturaleza; y luégo los darian á conocer; los recibiriamos de sus manos, y los pondriamos en depósito en el Acrópolis, bajo un sello, como se hace con el oro, y áun con mayor esmero, para que nadie los corrompiese, hasta que llegasen á la mayor edad y pudiesen ser útiles á su patria.

MENON.

Conforme, Sócrates.

SÓCRATES.

Pero si los hombres buenos no lo son por naturaleza, ¿se hacen tales por la educacion?

MENON.

Me parece que es una consecuencia necesaria. Por otra parte, Sócrates, es evidente, segun nuestra hipótesis, que si la virtud es una ciencia, puede aprenderse.

SÓCRATES.

¡Quizá, por Júpiter! pero temo que no hayamos tenido razon para conceder esto.

MENON.

Antes me pareció, sin embargo, que habiamos hecho bien en concederlo.

SÓCRATES.

Para que sea sólido lo que ántes sentamos, no basta que nos haya parecido tal cuando lo dijimos; sino que debe parecérnoslo ahora y en todo tiempo.

MENON.

Pero, ¿por qué te desagrada esta opinion? ¿Qué razon tienes para creer que la virtud no sea una ciencia?

SÓCRATES.

Voy á decírtelo. No tengo por mal concedido que la virtud pueda enseñarse, si es una ciencia; pero mira si tengo razon, para dudar que lo sea. Díme, Menon; si una cosa cualquiera, para no hablar sólo de la virtud, es por naturaleza susceptible de ser enseñada, ¿no es de toda necesidad que tenga maestros y discípulos?

MENON.

Creo que sí.

SÓCRATES.

Por el contrario; cuando una cosa no consiente maestros ni discípulos, ¿no tenemos fundamento para conjeturar que no puede enseñarse?

MENON.

Eso es cierto. ¿Pero crees que no hay maestros de virtud?

SÓCRATES.

Por lo ménos he procurado muchas veces averiguar si los habia; y, despues de todas las pesquisas posibles, no he podido encontrar ninguno. Sin embargo, hago esta indagacion con otros muchos; sobre todo, con aquellos que creo más enterados en la materia.

Justamente, Menon, aquí tenemos á Anito, que viene muy á tiempo á sentarse cerca de nosotros. Informémosle de nuestra cuestion, puesto que razones tenemos para ello. Porque, en primer lugar, Anito es hijo de un padre rico y sabio, llamado Amtemion, que no debe su fortuna al azar, ni á la liberalidad de otros, como Ismenias el Tebano, que hace poco ha heredado todos los bienes de Polícrates; sino que la ha adquirido por su sabiduría y por su industria. Amtemion, por otra parte, no tiene nada de arrogante, ni de fastuoso, ni de desdeñoso; es un ciudadano modesto y arreglado. Además, ha educado y formado muy bien á su hijo, á juicio de la mayor parte de los atenienses; así es que le eligen para los primeros cargos. Con hombres de estas condiciones es con quienes debe indagarse si hay ó nó maestros de virtud, y cuáles son. Ayúdanos, pues, Anito, á mí y á Menon, tu huésped, en nuestra indagacion tocante á los que enseñan la virtud. Considera la cuestion de esta manera: si quisiéramos hacer de Menon un buen médico, ¿á qué maestro le dirigiriamos? ¿No seria á los médicos?

ANITO.

Sin duda.

SÓCRATES.

¡Pero qué! Si quisiéramos hacer de él un buen zapatero, ¿no le enviariamos á casa de un zapatero?

ANITO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y lo mismo en todo lo demás?

ANITO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Respóndeme de otro modo aún acerca de estos mismos objetos. Tendremos razon, dijimos, en enviarle á casa de los médicos, si queremos hacerle médico. Cuando ha-

blamos de esta manera, ¿no venimos á decir que seria una medida muy sábia, de nuestra parte, enviarle á casa de aquellos, que se tienen por muy hábiles en este arte; que á causa de esto reciben salario, y se ofrecen con esta condicion como maestros á todos los que quieran aprender, más bien que enviarle á casa de cualquiera otro que no ejerce semejante profesion? ¿No es en consideracion á todo esto, por lo que obraremos bien al enviarle á dicho profesor?

ANITO.

Sí.

SÓCRATES.

¿No sucede lo mismo con relacion al arte de tocar la flauta y á todas las demás? Si se quiere hacer á alguno tocador de flauta, ¿no seria una gran locura no enviarle á casa de aquellos que hacen profesion de enseñar este arte, y que por esta razon obtienen un salario? ¿Y no lo seria igualmente importunar á otros, queriendo aprender de ellos lo que no se han propuesto enseñar; y cuando no tienen ningun discípulo en la ciencia, que quisiéramos fuese enseñada á los que enviamos á su escuela? ¿No conoces que seria este un gran absurdo?

ANITO.

Sí, seguramente; dariamos una prueba de ignorancia.

SÓCRATES.

Tienes razon. Ahora puedes deliberar conmigo sobre el objeto que desea aclarar tu huésped Menon. Há largo tiempo, Anito, que descubro en él un gran deseo de adquirir esta sabiduría y esta virtud, mediante la que los hombres gobiernan bien su familia y su patria; prestan á sus padres los cuidados á que son acreedores, y saben recibir y despedir á los ciudadanos y á los extranjeros de una manera digna de un hombre de bien. Díme ahora á quién es conveniente enviarle, para que aprenda esta virtud. ¿No es evidente que, conforme á lo que dijimos ántes, debe

enviársele á casa de aquellos, que hacen profesion de enseñar la virtud, y que se prestan públicamente á ser maestros de todos los griegos que quieran aprender; fijando para esto un salario que exigen de sus discípulos?

ANITO.

¿Y quiénes son esos maestros, Sócrates?

SÓCRATES.

Tú sabes, como yo, sin duda, que son los que se llaman sofistas.

ANITO.

¡Por Hércules! Habla mejor, Sócrates. Yo espero que ninguno de mis parientes, ni de mis aliados, ni de mis amigos, conciudadanos ó extranjeros, será tan insensato, que vaya á perderse al lado de tales gentes. Son manifiestamente una peste y un azote para todos los que con ellos tratan.

SÓCRATES.

¿Qué es lo que dices, Anito? ¡Qué! ¿Entre los que hacen profesion de ser útiles á los hombres, sólo los sofistas habrán de diferenciarse de los demás; puesto que no sólo no hacen mejor lo que se les confia, como hacen los otros, sino que lo empeoran? ¿Y se atreven á exigir por esto dinero? En verdad, no sé cómo puedo dar fe á tus palabras; porque yo conozco un hombre, Protágoras, que ha amontonado con el oficio de sofista más dinero que Fidias, de quien poseemos tan preciosos cuadros, y que diez estatuarios más. Sin embargo, lo que dices es bien extraño. Es singular que los que echan remiendos á trajes y calzados, devolviéndolos peores á sus dueños, al notarlo éstos al cabo de treinta dias, se desacreditan y perecen de hambre; y que de Protágoras, que ha corrompido á los que trataban con él y los ha hecho peores despues de recibir sus lecciones, nada haya sospechado la Grecia entera, y esto en el largo espacio de cuarenta años; puesto que creo que ha muerto á los setenta, despues de ejercer durante cua-

renta su profesion, habiendo gozado en todo este tiempo y hasta ahora de gran reputacion. Y no sólo Protágoras, sino tambien otros que han vivido ántes que él, y otros que aún viven. Suponiendo la verdad de lo que dices, ¿qué debe pensarse de ellos? ¿Que engañan y corrompen con pleno conocimiento á la juventud, ó que no conocen el daño que hacen? ¿Consideraremos insensatos hasta este punto á hombres que, en la mente de muchos, pasan por unos sabios personajes?

ANITO.

Bien léjos están de ser insensatos, Sócrates. Los insensatos son los jóvenes que les dan dinero; y más insensatos aún los padres de estos jóvenes, que se los confian; y más que todos, las ciudades que permiten entrar en ellas á tales hombres, y que no arrojen á todo ciudadano ó extranjero que se consagre á semejante profesion.

SÓCRATES.

¿Te ha hecho daño, Anito, alguno de esos sofistas? ¿Qué razon tienes para estar de tan mal humor con ellos?

ANITO.

¡Por Júpiter! Jamás he tenido trato con ellos; y no consentiria que ninguno de los mios se les aproximase.

SÓCRATES.

¿Luego no conoces por experiencia á estos hombres?

ANITO.

¡Y ojalá no haga nunca tal experiencia!

SÓCRATES.

Y no teniendo experiencia de una cosa, querido mio, ¿cómo puedes saber si es buena ó mala?

ANITO.

Muy bien. En todo caso, háyalos ó nó experimentado, los conozco y sé lo que son.

SÓCRATES.

¿Quizá eres adivino, Anito? Porque segun te explicas, me sorprenderia si pudieras saberlo de otra manera. Sea

lo que quiera, no busquemos hombres á cuyo lado iria Menon, para volver peor; y si los sofistas son de estas condiciones, como tú dices, dejémoslos aparte. Pero por lo ménos, aconséjanos, y harás este servicio á un amigo de tu familia, acerca de la persona á que se ha de dirigir Menon en una poblacion tan numerosa como Atenas, para llegar á ser digno de estimacion en el género de virtud que te acabo de mencionar.

ANITO.

¿Por qué no le indicas tú mismo?

SÓCRATES.

Yo le he designado todos los que tenia por maestros de la virtud; pero si tengo de darte crédito, nada vale todo lo que he dicho, y sin duda no te engañas en tu juicio. Por lo tanto, desígnale á tu vez algun ateniense á quien haya de dirigirse; el primero que te se ocurra.

ANITO.

¿Pero hay necesidad de que yo designe alguno en particular? Basta dirigirse al primer ateniense virtuoso; no hay uno que no pueda hacerle mejor que lo harian los sofistas, si escucha sus consejos.

SÓCRATES.

Pero estos hombres virtuosos, ¿se han hecho tales por sí mismos, sin haber recibido lecciones de nadie? Y en este caso, ¿pueden enseñar á los demás lo que ellos no han aprendido?

ANITO.

Creo que han recibido su instruccion de los que les han precedido, que eran igualmente virtuosos. ¿Crees que esta ciudad no ha producido gran número de ciudadanos, estimables por su virtud?

SÓCRATES.

Creo, Anito, que en esta ciudad hay grandes hombres de Estado, y que los ha habido siempre. ¿Pero han sido los maestros de su propia virtud? Porque esto es lo que

tratamos de averiguar, y no si hay ó no hay hombres virtuosos, ni si los ha habido en otro tiempo. Lo que hace rato examinamos es si la virtud puede ser enseñada; y este exámen nos lleva á indagar si los hombres grandes de ahora y de los tiempos pasados, han tenido el talento de comunicar á otros la virtud en la que ellos sobresalian; ó si esta virtud no puede trasmitirse á nadie, ni pasar, por via de enseñanza, de un hombre á otro. Hé aqui la cuestion que hace tiempo nos ocupa á Menon y á mí. Mira tú mismo la cuestion bajo este punto de vista, segun tu propio modo de ver. ¿No convendrás en que Temístocles era un hombre de bien?

ANITO.

Sí, ciertamente; cuanto se puede ser.

SÓCRATES.

¿Y por consecuencia, que si alguno pudiera dar lecciones de su propia virtud, este hombre era un excelente maestro de la suya?

ANITO.

Creo que sí, si hubiera querido.

SÓCRATES.

¿Pero crees que no haya querido hacer virtuosos á otros ciudadanos, y principalmente á su hijo? ¿Ó piensas que por envidia ó con intencion no quiso trasmitir á nadie la virtud en que sobresalia? ¿No has oido decir que Temístocles enseñó á su hijo Cleofanto á ser un buen jinete? Así es que se sostenia de pié en un caballo, lanzando dardos en esta postura, y haciendo otros movimientos de maravillosa destreza, que su padre le habia enseñado; y de igual modo le hizo hábil en todas las demás cosas, que enseñan los mejores maestros. ¿No has oido referir esto á los ancianos?

ANITO.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿Seguramente no puede decirse que su hijo no tuviera disposiciones naturales?

ANITO.

No, probablemente.

SÓCRATES.

¿Pero has oido nunca á ningun ciudadano, viejo ó jóven, que Cleofanto, hijo de Temístocles, haya sido hábil en las mismas cosas que su padre?

ANITO.

En eso, no.

SÓCRATES.

¿Podremos creer que haya querido que su hijo aprendiese todo lo demás, y que no se hiciese mejor que sus conciudadanos en la ciencia que él poseia, si la virtud pudiese por su naturaleza ser enseñada?

ANITO.

No, ¡por Júpiter!

SÓCRATES.

Ya ves qué maestro de virtud ha sido este hombre, que, segun tu misma confesion, ocupa un lugar distinguido entre los más famosos del siglo precedente. Fijémonos en otro; en Arístides, hijo de Lisimaco. ¿Confesarás que éste fué un hombre virtuoso?

ANITO.

Sí, y muy virtuoso.

SÓCRATES.

Arístides dió igualmente á su hijo Lisimaco una educacion tan buena, cual ninguna otra, en todo lo que depende de maestros; ¿y te parece que le haya hecho más hombre de bien que cualquiera? Tú le has tratado, y sabes lo que es (1). Veamos, si quieres, á Pericles, este hom-

(1) Sobre Lisimaco, hijo de Arístides, y sobre Melesías, hijo de Tucídides, de que se habló ántes, véase el diálogo titulado *Laques*. No debe confundirse este Tucídides con el historiador.

bre de mérito tan extraordinario. Sabes que educó á dos hijos, Paralos y Jantipo.

ANITO.

Sí.

SÓCRATES.

Tampoco ignoras que los hizo tan buenos jinetes como los mejores de Atenas, y que les instruyó en la música, en la gimnasia y en todo lo perteneciente al arte, hasta el punto de que á nadie cedian en habilidad. ¿No quiso tambien hacerlos hombres virtuosos? Lo quiso, sin duda; pero al parecer esto no puede enseñarse. Y para que no te figures que esto sólo ha sido imposible á un pequeño número de atenienses, y de los más oscuros, repara que Tucídides educó igualmente á sus hijos, Melesías y Stefanos: que los instruyó muy bien en todo lo demás; particularmente en la lucha, en la que eran más diestros que todos los atenienses. Confió el uno á Jantías, y el otro á Evodoro, que pasaban por los dos mejores luchadores de aquel tiempo. ¿No te acuerdas de esto?

ANITO.

Sí, por haberlo oido.

SÓCRATES.

¿No es claro que Tucídides, que hizo aprender á sus hijos cosas que le comprometian á grandes gastos, de ningun modo hubiera descuidado enseñarles á ser virtuosos, cuando nada le hubiera costado, si la virtud puede enseñarse? Tucídides, me dirás quizá, era un ciudadano comun; no tenia entre los atenienses y sus aliados muchos amigos. Por el contrario, era de una gran familia, y tenia mucho crédito en su ciudad y entre los demás griegos; de suerte que, si la virtud hubiera podido enseñarse, hubiera encontrado fácilmente alguno, ya entre sus conciudadanos, ya entre los extranjeros, que hubiera enseñado la virtud á sus hijos, dado caso que el cuidado de los negocios públicos no le dejasen tiempo para hacerlo por sí.

Pero, mi querido Anito, temo mucho que la virtud no pueda ser enseñada.

ANITO.

Por lo que veo, Sócrates, hablas mal de los hombres con demasiada libertad. Si quieres escucharme, te aconsejaria que fueras más reservado; porque si es fácil en cualquiera otra ciudad hacer más mal que bien á quien uno quiera, en esta es mucho más fácil. Yo creo que tú sabes ciertas cosas.

SÓCRATES.

Menon, me parece que Anito está incomodado, y no me sorprende; porque se imagina que hablo mal de estos hombres grandes, y además se lisonjea de ser él uno de ellos. Pero si llega alguna vez á conocer lo que es hablar mal, dejará de enfadarse; al presente lo ignora. Díme, pues, Menon; ¿no teneis entre vosotros hombres virtuosos?

MENON.

Seguramente.

SÓCRATES.

Y bien, ¿quieren servir de maestros á los jóvenes? ¿Se reconocen tales maestros de virtud, y admiten que la virtud pueda enseñarse?

MENON.

¡No, por Júpiter! Sócrates; pero les oirás decir tan pronto que la virtud puede enseñarse, como que no puede.

SÓCRATES.

¿Y tendremos por maestros de virtud á los que no están aún conformes en que la virtud pueda tener maestros?

MENON.

Yo no lo pienso, Sócrates.

SÓCRATES.

Pero los sofistas mismos, que son los únicos que se la echan de maestros de la virtud, ¿lo son á juicio tuyo?

MENON.

Lo que me agrada sobre todo en Gorgias, Sócrates, es que nunca se le oyó prometer cosa semejante; por el contrario, se burla de los otros, porque se alaban de enseñar la virtud. El se precia sólo de su capacidad, para hacer hábil á cualquiera en el arte de la palabra.

SÓCRATES.

¿Luego no crees que los sofistas son maestros de virtud?

MENON.

No sé qué responderte, Sócrates; en este punto estoy en el mismo caso que otros muchos, y tan pronto me lo parecen, como nó.

SÓCRATES.

¿Sabes que no sois los únicos, tú y los demás políticos, los que pensais tan pronto que la virtud puede enseñarse como que no puede, y que el poeta Teognis dice lo mismo?

MENON.

¿En qué versos?

SÓCRATES.

En sus elegías, donde dice: *bebe, come con los que gozan de gran crédito: mantente cerca de ellos y trata de agradarles; porque aprenderás cosas buenas, comunicándote con los buenos; pero si te comunicas con los malos, perderás hasta lo que tienes* (1) *de racional.* Ya ves que en estos versos habla como si la virtud pudiera enseñarse.

MENON.

Me parece que sí.

SÓCRATES.

Pero hé aquí otros un poco diferentes: *si se pudiese dar al hombre la inteligencia;* y luego añade, hablando de los que fueran capaces de darla; *sacarian por todas*

(1) Teognis. *Sentencias.* V. 33, 432.

partes gruesas sumas de dinero. Nunca el hijo de un padre virtuoso se haria malo, si escuchaba sus sabios consejos. Pero no harás á fuerza de lecciones hombre de bien á un malvado. ¿Observas cómo se contradice sobre el mismo asunto?

MENON.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

¿Puedes citarme una cosa que dé lugar á que los que hacen profesion de enseñarla, léjos de ser mirados en este punto como maestros de los demás, sean considerados, por el contrario, como que no la saben, y pasen por malos respecto de esa cosa misma, en la que se jactan de ser maestros; y á que aquellos mismos á quienes unánimemente se tiene por hombres de bien y por hábiles, digan tan pronto que puede enseñarse, como que no puede? ¿Reconocerás por maestro, en cualquier materia que sea, al hombre que tan en desacuerdo está consigo mismo?

MENON.

¡No, por Júpiter!

SÓCRATES.

Sí, pues, ni los sofistas, ni los mismos hombres de bien son maestros de virtud, es claro que otros lo serán ménos.

MENON.

Es evidente.

SÓCRATES.

Pero si no hay maestros, no puede haber discípulos.

MENON.

Me parece lo que á tí.

SÓCRATES.

Pero estamos conformes en que una cosa, que no tiene maestros, ni discípulos, no puede enseñarse.

MENON.

Sí, estamos conformes.

SÓCRATES.

Por ninguna parte vemos un maestro de virtud.

MENON.

Es cierto.

SÓCRATES.

Puesto que no tiene maestros, tampoco tiene discípulos.

MENON.

Lo confieso.

SÓCRATES.

Por consiguiente, la virtud no puede enseñarse.

MENON.

No hay trazas de que pueda serlo, si nos damos por convencidos, como es preciso, por el resultado de este exámen. Sin embargo, Sócrates; yo no comprendo que no haya hombres virtuosos; ó si los hay, no entiendo de qué manera se han hecho tales.

SÓCRATES.

Menon, resulta, que ni tú ni yo somos bastante hábiles, y que hemos sido mal instruidos, tú por Gorgias, y yo por Pródico. Por consiguiente, es preciso que nos consagremos con todo cuidado á nosotros mismos ántes que á ninguna otra cosa, y que busquemos alguno que nos haga mejores por cualquier medio que sea. Al decir esto, tengo en cuenta la discusion en que acabamos de entrar; y encuentro que es hasta ridículo para nosotros no haber notado que la ciencia no es el único medio para poner los hombres en estado de conducir bien sus negocios; ó quizá que, áun cuando no concediéramos que la ciencia sea el único medio de conducir bien sus negocios, y que hay otro medio, no por eso conoceriamos mejor la manera como se forman los hombres virtuosos.

MENON.

¿Qué quieres decir con eso, Sócrates?

SÓCRATES.

Lo siguiente. Hemos tenido razon para confesar, que

los hombres virtuosos deben ser útiles, y que no puede menos de ser así. ¿No es esto?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Tambien hemos convenido con razon en que no serán útiles, sino en tanto que conduzcan bien sus negocios.

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Pero parece que hemos incurrido en un error al decir que no pueden gobernarse bien los negocios sin que medie una ciencia.

MENON.

¿Por qué hemos incurrido en error?

SÓCRATES.

Voy á decírtelo. Si alguno sabiendo el camino de Larisa ó cualquiera otro, se situase en el mismo camino, y sirviese de guia á otros; ¿no es cierto que les conduciria bien?

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y si otro conjeturase con exactitud cuál era el camino, aunque no hubiera pasado por él ni lo supiese; ¿no conduciria tambien bien?

MENON.

Seguramente.

SÓCRATES.

Y teniendo el uno una mera opinion y el otro un pleno conocimiento del mismo objeto, no será peor conductor el primero que el segundo, áun cuando conozca la verdad, no por la ciencia, sino por conjetura.

MENON.

Verdaderamente no.

SÓCRATES.

Por consiguiente, la conjetura verdadera dirige tambien como la ciencia con respecto á la rectitud de una accion. Y hé aquí lo que hemos omitido en nuestra indagacion relativa á las propiedades de la virtud; pues que hemos dicho, que sólo la ciencia enseña á obrar bien, cuando la conjetura verdadera produce el mismo efecto.

MENON.

Así parece.

SÓCRATES.

Por lo tanto, la conjetura verdadera no es menos útil que la ciencia.

MENON.

Sin embargo, Sócrates; es ménos útil en cuanto el que posee la ciencia, consigue siempre su objeto; mientras que el que sólo se guia de la conjetura, unas veces llega á su término, y otras veces se extravía.

SÓCRATES.

¿Qué es lo que dices? Cuando la conjetura es verdadera y se persevera en ella, ¿no se llega siempre al objeto en cuanto uno se dirige por esta misma opinion?

MENON.

Eso me parece incontestable. Pero siendo así, estoy sorprendido, Sócrates, de que se haga más caso de la ciencia que de la conjetura recta, y de que sean dos cosas diferentes.

SÓCRATES.

¿Sabes de dónde procede tu asombro; ó quieres que yo te lo diga?

MENON.

Dímelo.

SÓCRATES.

Es que no has fijado tu atencion en las estátuas de Dédalo; quizá no las teneis vosotros.

MENON.

¿Por qué dices eso?

SÓCRATES.

Porque estas estátuas, si no se las detiene por medio de un resorte, se escapan y huyen; mientras que, cuando se las detiene con el resorte, se mantienen firmes.

MENON.

¿Y qué resulta?

SÓCRATES.

No es una gran cosa tener alguna de estas estátuas que se escapan, como un esclavo que huye, porque no subsisten en un punto. Pero respecto á las que permanecen fijas por medio del resorte, son de mucho valor; y se las considera verdaderamente como obras maestras de arte. ¿Y por qué traigo esto á colacion? Para explicarte lo que es la opinion ó conjetura. En efecto; las opiniones verdaderas, mientras subsisten firmes, son una buena cosa, y producen toda clase de beneficios. Pero son de suyo poco subsistentes, y se escapan del alma del hombre; de suerte que no son de gran precio, á ménos que no se la fije por el conocimiento razonado en la relacion de causa á efecto. Esto es, mi querido Menon, lo que ántes llamábamos reminiscencia. Estas opiniones así ligadas, se hacen por lo pronto conocimientos, y adquieren despues estabilidad. Hé aquí por dónde la ciencia es más preciosa que la opinion, y cómo difiere de ella por este encadenamiento.

MENON.

¡Por Júpiter! Parece, Sócrates, que así debe ser, poco más ó ménos.

SÓCRATES.

Tampoco hablo yo como un hombre que sabe, sino que conjeturo. Sin embargo, cuando digo que la opinion verdadera es distinta de la ciencia, no creo positivamente que sea esta una conjetura. Tengo conocimiento de muy pocas cosas, pero sí puedo alabarme de tenerle

en algunas; y puedo asegurar que esta es una de ellas.

MENON.

Tienes razon, Sócrates.

SÓCRATES.

¡Y qué! ¿No tengo razon, para sostener que la opinion verdadera, que dirige una empresa, la llevará á cabo tan bien como la ciencia?

MENON.

Creo que en eso dices verdad.

SÓCRATES.

Por consiguiente, la opinion no es ni inferior á la ciencia, ni ménos útil con relacion á las acciones; y en este concepto, el que tiene una opinion verdadera, no cede en nada al que tiene la ciencia.

MENON.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

Pero hemos convenido en que el hombre virtuoso es útil.

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Por consiguiente, puesto que los hombres virtuosos y útiles á los Estados, si los hay, son tales, no sólo por la ciencia, sino tambien por la opinion verdadera; y que ni la una ni la otra, ni la ciencia, ni la opinion, son un presente de la naturaleza, sin que por otra parte puedan adquirirse..... ¿O juzgas tú acaso que la una ó la otra sean un don de la naturaleza?

MENON.

No lo pienso así.

SÓCRATES.

Puesto que no se reciben de la naturaleza, los hombres virtuosos no lo son naturalmente.

MENON.

No, sin duda.

SÓCRATES.

Viendo que la virtud no era natural al hombre, hemos examinado despues si podia enseñarse.

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

¿No hemos creido que podia enseñarse si era lo mismo que la ciencia?

MENON.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿Y que es lo mismo que la ciencia, si puede enseñarse?

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Que si habia maestros de virtud, podia enseñarse; y que si no los habia, no podia?

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Pero convinimos en que no hay maestros de virtud.

MENON.

Es cierto.

SÓCRATES.

Por consiguiente, hemos sentado, como una verdad, que no puede enseñarse, y que no es una ciencia.

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Hemos confesado tambien que es un bien.

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Y que lo que se dirige al bien es bueno y útil.

MENON.

Sí.

SÓCRATES.

Y que sólo dos cosas dirigen al bien: la opinion verdadera y la ciencia, con cuyo auxilio el hombre se conduce bien; porque lo que hace el azar no es efecto de una direccion humana; y sólo dirigen al hombre hácia lo bueno estas dos cosas: la conjetura verdadera y la ciencia.

MENON.

Yo pienso lo mismo.

SÓCRATES.

Por lo tanto, puesto que la virtud no puede enseñarse, no se adquiere con la ciencia.

MENON.

Parece que no.

SÓCRATES.

De estas dos cosas buenas y útiles, hé aquí entónces una que es necesario dejar á un lado; y resulta que la ciencia no puede servir de guia en los negocios políticos.

MENON.

Me parece que no.

SÓCRATES.

Por consiguiente, no fué á causa de su sabiduría, puesto que ellos mismos no eran sabios, que Temístocles y los otros citados ántes por Anito gobernaron los Estados; y por esta razon, no han podido comunicar á los demás lo que eran ellos mismos, porque no eran tales por la ciencia.

MENON.

Parece que así ha debido ser.

SÓCRATES.

Si no es la ciencia, sólo la conjetura verdadera puede ser la que dirige á los políticos en la buena administracion de los Estados; y entónces, en razon de conocimientos, en nada se diferencian de los profetas y de los adivinos inspirados. En efecto, estos anuncian muchas cosas verda-

deras, pero no saben ninguna de las cosas de que hablan.

MENON.

Es probable que así suceda.

SÓCRATES.

¿Pero no conviene, Menon, llamar adivinos á los que, estando desprovistos de inteligencia, consiguen el triunfo en las cosas grandes, que hacen ó que dicen?

MENON.

Sin duda.

SÓCRATES.

Tendremos, por lo tanto, razon para llamar divinos á los profetas y adivinos de que se acaba de hablar, así como á todos los que tienen genio poético; y no tendremos ménos razon para conceder este título á los políticos, que debemos mirar como hombres llenos de entusiasmo, inspirados y animados por la Divinidad, cuando triunfan en los grandes negocios, sin tener ninguna ciencia acerca de lo que dicen.

MENON.

Seguramente.

SÓCRATES.

Así es, que las mujeres, Menon, llaman divinos á los hombres virtuosos; y los lacedemonios, cuando quieren hacer elogio de un hombre de bien, dicen: *es un hombre divino*.

MENON.

Parece, Sócrates, que tienen razon; aunque quizá á Anito ofenda lo que dices.

SÓCRATES.

No me importa ya; conversaré con él en otra ocasion, Menon. Por lo que á nosotros toca, si en este discurso hemos examinado la cuestion, y hemos hablado como debiamos, se sigue que la virtud no es natural al hombre, y que no puede aprenderse, sino que llega por influencia divina á aquellos en quienes se encuentra, sin conoci-

miento de su parte; á ménos que se nos muestre algun político, que sea capaz de comunicar su habilidad á otro. Si llega á encontrarse uno, diremos de él, que es entre los vivos lo que Tiresias entre los muertos, si hemos de creer á Homero, que dice de este adivino: *que es el único sabio en los infiernos, y que los demás no son más que sombras errantes á la aventura* (1). En la misma forma, semejante hombre seria, respecto de los demás, en lo relativo á la virtud lo que la realidad es á la sombra.

MENON.

Me parece perfectamente dicho, Sócrates.

SÓCRATES.

Resulta, por consiguiente, de este razonamiento, Menon, que la virtud viene por un don de Dios á los que la poseen. Pero nosotros no sabremos la verdad sobre esta materia, sino cuando, ántes de examinar cómo la virtud se encuentra en los hombres, emprendamos indagar lo que ella es en sí misma. Pero es tiempo ya de que me vaya á otra parte. Con respecto á tí, persuade á tu huésped Anito, y convéncele de lo mismo de que tú estás persuadido, para que así sea más tratable. Además, si lo consigues, harás un servicio á los atenienses.

---

(1) *Odisea*, l. X, v. 495.